

## CAPÍTULO SÉPTIMO:

### LA FE

#### 1. *Origen de la fe.*

La fe nace de una decisión, que a menudo no es fácil, ni son siempre claros los motivos que conducen a ella. La decisión de afirmar la fe religiosa, puede deberse a un conjunto de pequeñas cosas que nos han sucedido, que se extienden en el tiempo y que tienen que ver con diversas personas que nos la han transmitido y ambientes vividos que nos la han propiciado. Pero también puede provenir de experiencias límites, graves o traumáticas, que ocurren en un momento y lugar concreto, y que representan para los que las han tenido un punto de referencia obligado. Las preguntas clásicas existenciales de para que se vive, cuál será el futuro personal y colectivo, la justificación de los valores que se sostienen, necesitan respuesta. Las continuas evasivas o la duda escéptica persistente, dejan a menudo de ser suficientes porque se vuelve una y otra vez sobre la misma situación de incertidumbre, confusión e incoherencia, que resultan a la larga insostenibles. Suponen inútiles aplazamientos, huidas y autoengaños para evitar un enfrentamiento en serio con las cuestiones de fe.

Algunos dicen que siempre han tenido fe desde niños, que nunca la han perdido porque nunca han tenido ninguna idea, ni sistema ideológico, ni argumentos, ni experiencias capaces de superarla, es decir, que valga la pena seguir por esos otros caminos distintos de ella. Jamás se han visto en la necesidad de renunciar a la fe. Sin embargo, muchos otros educados en ambientes cristianos entre los que me cuento, hemos tenido durante largo tiempo la necesidad de la renuncia por razones de coherencia con nuestras ideas, comportamientos y motivaciones. En primer lugar, nos pareció que Dios dejó de ser necesario para sostener la realidad y al hombre. La evolución de la materia, de los seres vivos y la historia de las sociedades humanas fueron explicación suficiente. La figura de Dios se fue poco a poco desdibujando y perdiendo sentido. Luego pasó a ser considerado un ser superfluo, además de incordio y molesto. Dios sería al fin juzgado y llegaría a ser visto como un ser malvado, por permitir y ser el creador responsable de tanta injusticia y sufrimiento. De este modo, tomar a Dios como la personificación del mal sería una contradicción, por lo que un ser así no podía ser posible, no podía existir.

Basta y sobra entonces el hombre, para dotarse de una ética y moral suficiente para la convivencia y construir una escala de valores a su medida, sin que Dios tenga nada que ver en ello. El hombre sería la unidad de medida, matizada y controlada desde una cultura y un tiempo histórico concreto. No cabría apelar a Dios para sostener la cultura, la historia, la ética o el derecho. Así las diversas sociedades humanas fueron hechas a sí mismas, sólo mediante el concurso de intereses. No existen supuestos desde esta posición, en los que Dios sea necesario.

## 2. El papel de la fe

¿De qué sirve la fe? La fe da valor al hombre y sentido a la vida. Con solo esto, si es una fe segura y firme, vale la pena y además es necesaria. Todos los hombres para vivir necesitan tener fe para asumir ciertas tareas y responsabilidades. Algunas tareas requieren raíces profundas, para que su gravedad sea proporcional al esfuerzo que precisan. Por ejemplo, uno puede asumir la responsabilidad de casarse y esa tarea debe estar profundamente cimentada, pues requiere compromisos que no solo pueden sostenerse por las compensaciones de la vida en común, sino que tienen que tener otras bases más profundas, puesto que en el matrimonio hay momentos duros que suponen una pesada carga, pero que bien asumidos pueden llenar la vida.

Las tareas que cada cual se responsabiliza llenan de sentido la vida y hacen que progrese hacia su plenitud, logran el principal objetivo del hombre como especie y como individuo, perpetuar la vida humana en las mejores condiciones posibles. Si se dejan de asumir tareas uno se abandona a sí mismo, la vida pierde interés y sentido, se escapa entre los dedos y al cabo llega el deterioro, la enfermedad y la muerte a destiempo. Para asumir unas tareas es necesario “creer” en aquello que las tareas persiguen, esa creencia es la fe en aquello a lo que damos valor o nos vale la pena.

Desde hace ya bastantes años aproximadamente en la cuarentena de mi vida, creo que la fe en Dios vale la pena. Encontrar la fe en Dios es una decisión y una esperanza. Es una decisión que cambia la vida y por tanto exige seriedad y firmeza. La actividad cotidiana, las actitudes, los modos de pensar hay que revisarlos desde este nuevo punto de vista, en un largo proceso de transformación personal o conversión que dura toda la vida. La fe religiosa lo renueva todo hasta lo más escondido de nosotros mismos.

Hay muchos modos que permiten al hombre abrirse a la fe en Dios, pero si buscamos a Dios sólo mediante pruebas o demostraciones, si la fe sólo es planteada desde el frío razonamiento, nada encontraremos. Para optar por Dios se necesitan que entren en juego los sentimientos, deseos, motivaciones, que afectan a toda la persona, pues en realidad se trata de poner confianza en una relación con Dios, de estrechar los lazos personales, fruto de una elección. Así la fe no es el resultado de una argumentación más o menos razonable, sino que la argumentación todo lo más, conducirá hacia una alternativa sobre la probabilidad o no de la existencia de Dios, que nunca llega a ser concluyente con absoluta certeza. Muchos dejan de creer en Dios por no estar seguros de su existencia, sin reparar que tampoco llegan a estar seguros de que no exista. Mi opinión es que *mientras no se me demuestre la imposibilidad total de que Dios exista, yo seguiré trabajando en mi propuesta por la fe*. Ciertamente que la Ciencia trabaja mejor con alta probabilidad estadística, y suele abandonar o rechazar las proposiciones o tesis causales que no alcancen ciertos mínimos, considerando entonces los sucesos o fenómenos relacionados como mero resultado del azar. Pero en lo relativo a la opinión o creencia, una probabilidad escasa es suficiente para sostenerla. El azar es caprichoso y a veces lo más improbable sucede. Ejemplos, a lo largo de la evolución de la materia y de la vida y también en la historia, hay multitud. Por ello, aún incluso cuando se considere que Dios sea improbable, no se concluye que no exista, por lo cual y en consecuencia pienso que su abandono o rechazo por esta causa se debe a una precipitación irracional, motivada por procesos distintos a los racionales.

A menudo se dice que la fe es ciega, que es un salto en el vacío motivado por sentimientos

difusos arraigados en la infancia de muchos, o por simple desencanto de la vida al no encontrar nada que valga la pena. Por el contrario, yo pienso que la fe ni es irracional ni es ciega, sino que se trata de una decisión libre existencial en la que nos encontramos todos. No existen pruebas, ni demostraciones científicas, filosóficas o metafísicas, que afirmen certezas absolutas que apoyen principios o axiomas verdaderos, ni siquiera lógicos o matemáticos, que aseguren justificaciones de valores o razones existenciales. Únicamente las creencias personales de cada uno pueden hacerlo. No podemos eludir nuestra responsabilidad existencial, ni prescindir de tomar decisiones que justifiquen nuestro modo de pensar y nuestro comportamiento.

La decisión sobre la fe en Dios no depende en primer lugar de la razón, sino de la voluntad. Y esto es así, por que al tratarse de opiniones y creencias no se trabaja con argumentos o deducciones de la razón, con propuestas verdaderas o falsas, sino con alternativas de elección. Se cree porque “se quiere” creer, asumiendo con responsabilidad sus consecuencias. Y a la inversa no se cree porque no se quiere creer. De todas formas, la labor intelectual y de racionalización de la fe no es insignificante, sino que servirá de justificación de la decisión tomada, que es siempre necesaria. Siempre y en todo momento debemos estar en condiciones para dar razones de nuestra fe, y también si este es el caso, las razones de su rechazo.

Las creencias no son objetos de estudio ni de la filosofía ni de la ciencia y si estas entran en conflicto con la fe religiosa, se debe a que la fe ha invadido un campo del conocimiento que no le pertenece. La fe no tiene por objetivo decir como es el mundo, ni decantarse por una cosmovisión particular, ni definir determinada antropología o psicología. Si sólo desde la fe religiosa, aunque sea apoyándonos en verdades reveladas, nos empeñamos en decir como es el mundo o el hombre, probablemente haremos el ridículo defendiendo concepciones ya superadas. Al contrario, es la fe la que tiene que plantearse partiendo de lo que se conoce actualmente, tanto en el campo científico como en el de las humanidades, sin cuestionar su validez. Y esto es así, porque ninguna creencia tiene método de estudio en estos campos del conocimiento y por tanto no puede ni dar validez ni añadir nada positivo a estos saberes. Si la fe entra en conflicto con ellos, lo que debe hacer es retirarse y no implicarse en una lucha que tiene perdida de antemano.

Muchos dicen que como las creencias parten de la libre elección, por lo que pertenecen al campo de la opinión y no del conocimiento positivo, cada uno puede creer en lo que le dé la gana. Esto es cierto pero sólo en parte, porque hay creencias de mala fe que afectan muy negativamente a las personas y otras absurdas y descabelladas. No da lo mismo una creencia que otra. Hay creencias que se apoyan en tradiciones ancestrales, en escritos antiguos de rancia sabiduría, en la autoridad de maestros indiscutibles, en la intuición o la imaginación iluminada incuestionable, pero también las hay que admiten justificaciones razonables. Estas últimas son las que me interesan, porque la elección de una creencia no puede tomarse a la ligera, pues afecta a lo más importante de la vida humana, la razón de vivir, la justificación de valores, la motivación del comportamiento, que tienen para mí un sentido trascendente.

### 3. Argumentos para sostener la fe.

Entre los argumentos que pueden presentar la fe en Dios como razonable, destacaría:

- \* 1. Sin Dios la última palabra a tanta injusticia es el silencio.
- \* 2. Negarlo es quedarnos sin argumentos para explicarnos a nosotros mismos y al mundo, fruto entonces sólo del azar y la necesidad.
- \* 3. Cerrarse a Dios es disminuir el valor del hombre de forma arbitraria y limitarlo a un suceso casual, efímero y fugaz.
- \* 4. Rechazarlo es vivir en el absurdo de la existencia sin sentido. Es preferible escoger el misterio lleno de significado, que el absurdo vacío nihilista.

#### 1-Injusticia:

Si no existiese una recapitulación final, en la que Dios diese cumplimiento a todo lo sucedido en la historia, tanto personal como colectiva resultaría tremendamente doloroso, pues la última palabra ante la realidad de tanta injusticia, desigualdad y violencia, sería el silencio. No existiría ninguna recompensa a tanto sufrimiento inocente. Un Dios suficientemente grande podría devolver con creces su valor a todo aquello que teniéndolo no tuvo ninguna posibilidad de disfrutarlo. Sin Dios tampoco habría ningún pago a los que dieron su vida por la justicia, en una vida entregada. Todo perdería su lógica y sentido, y un negro pesimismo se apoderaría de nosotros en el que nada valdría la pena. ¿Cabría alguna respuesta a la vida humana que sea coherente? ¿Tendrían sentido y alguna posibilidad la justicia, la igualdad, la tolerancia...?

#### 2-El Mundo Universo

Afirmar que el mundo se sostiene a sí mismo desde la perspectiva materialista –cientista, es una propuesta que requiere una decisión, del mismo nivel que la propuesta de un Dios trascendente. No hay ninguna incompatibilidad, entre las teorías evolucionistas, las del origen y constitución material físico-química de la realidad y del hombre, con la propuesta de la existencia de Dios. Pero a los creyentes nos admira, que simplemente el azar y la necesidad propios del sistema físico, actúen sin ninguna dirección ni sentido, para dar lugar a este casi imposible y maravilloso Mundo-Universo.

#### 3-Valor del hombre

Mi decisión fundamental por la que puedo afirmar mi fe en Dios, se basa principalmente en la importancia y valor trascendente que le reconozco al hombre. ¿Cómo valorarlo y distinguirlo si no de otro objeto cualquiera? Me resisto a pensar en el hombre como mero azar insignificante, una casualidad efímera de la evolución de la materia. ¿Cómo evitar por ese camino la desesperación y el desengaño en la vida? ¿Habrá algo entonces que valga la pena? Sin Dios, no existe respuesta posible a la vida humana. La conciencia y las funciones mentales se vuelven contra nosotros, haciendo del hombre una broma pesada de la evolución, tal vez eso sí, con un enorme éxito como especie dominante. Las funciones mentales del hombre deben servir para llevarlo hacia un futuro espléndido. Si el futuro está cerrado en destrucción, extinción y muerte ¿qué sentido tiene el preocuparnos e implicarnos en un mundo mejor, si todo está perdido de antemano? ¿Qué perspectiva de futuro puede tener el hombre si su vida se piensa sólo en la que tiene ahora, tan fugaz y limitada? Para hacer el futuro, el hombre requiere fe y esperanza.

#### 4-Sentido de la vida

Las promesas de Dios al hombre rompen toda su limitación y fugacidad, dando a su vida gravedad trascendente, llenándola de sentido y significado. La vida del hombre tiene el sentido y el valor que Dios le ha dado, según la fe. Dios no sólo le da al hombre un futuro espléndido, sino todo el futuro sin límite, la eternidad. La vida humana sin fronteras se llena de esperanza y confianza en sí misma, pues todo su esfuerzo será visto y vivido. Sin vida eterna el hombre es el más desgraciado de todos los seres, pues tiene conciencia de su sufrimiento, su fugacidad, su limitación y sobre todo de su condena a muerte. Los demás seres no se dan cuenta de su condición, el hombre sí. Si Dios existe, este es el punto culminante y esencial donde Dios debe manifestarse en relación al hombre.

#### *4. Más allá de la vida.*

Por la fe creemos y tenemos la esperanza de que el futuro se abra en la eternidad de una nueva vida. Lo que esperamos es que esa otra vida no sea peor que esta, llena de sufrimientos, tenebrosa y terrorífica, sino que colme nuestra esperanza. Más valdría que no hubiera nada si esto es lo que pensamos, y en consecuencia tratar de adaptarnos a lo que tenemos, acomodándonos a la vida de aquí y ahora como podamos, sin esperanzas. No puedo creer ni sirve de nada, que la otra vida consista en un mundo de sombras, de fantasmas, de muertos vivientes tenebrosos, de demonios que se queman vivos en infiernos, de angelitos luminosos que cantan salmos entre las nubes, o que nos veamos de pronto reencarnados en un cangrejo o en un ciervo asustadizo y elegante.

Tampoco me parece verosímil que despertemos en una fiesta, en un banquete u orgía perpetua, encebados en el placer, enganchados a inagotables sensaciones placenteras sin límite ni fin. Muchos tratan de vivir ese cielo de placeres en esta vida, y lo que obtienen es una progresiva degradación personal, perdiendo todo control sobre sí mismos, con una continua sensación de desprecio y hartura. No quiero pensar que la respuesta final de eternidad, sea una fiesta final de placeres, porque no es suficiente. Todas mis esperanzas, anhelos e ilusiones, no pueden quedar satisfechas por un baño de placer por muy exquisito que sea. Si todo el proyecto creador de Dios consiste en invitarnos a una apoteosis final, a un banquete o fiesta para unos cuantos amigos, pienso que se podría haber ahorrado toda la creación y la tragedia de la vida humana. No compensa. Una fiesta por muy fabulosa que sea, es incapaz de llenar de sentido todo cuanto existe, ni tampoco colmar las expectativas de futuro para la vida del hombre.

Si lo que pretenden algunos es que nos privemos de la fiesta y los placeres de aquí y ahora, porque se dice que la auténtica fiesta está después de la muerte, que además nadie ha visto jamás, pues la propuesta no tendrá demasiado éxito. Si la cosa va de fiesta por fiesta, pues aprovechemos la que tenemos al alcance, (“y que me quiten lo bailado”). Encima amenazan con el castigo, que tampoco nadie ha visto, para aquellos que no posponen sus ganas de divertirse y se reserven para la otra. Todo esto es pueril y engañoso, a todas luces se ve que la propuesta de fiesta por fiesta es una mentira y una estafa, que tiene una doblez mal disimulada, escondiendo una carga de fondo para atrapar a los que ponen como fin principal de su vida el disfrute de los placeres. Pienso que el placer no es un fin sino un medio, para hacer cosas con dedicación y entusiasmo, y no lo contrario hacer cosas porque me dan placer. Yo creo en la otra vida no para saturarme de placeres,

sino para colmar mis esperanzas de sabiduría, de poder, de compartir, de amar, de perfección, de plenitud y si todo ello se ve acompañado de diversión, placer y felicidad pues mejor, pero estos no son objetivos terminales ni en esta vida ni en la otra.

##### *5. El cielo prometido.*

La fe en la otra vida tras la muerte, abre para el hombre todo el futuro: la eternidad. Toda religión confía y espera que el hombre participará con pleno derecho en la divinidad de Dios, según las formas diversas en que cada uno lo entiende. Yo creo que estar en Dios significará, verlo cara a cara, y también comprender todos los arcanos y misterios que envuelven el Mundo - Universo y toda la realidad, y por tanto tener la Sabiduría plena y completa de todo y de Dios, tener su Amor y también su Poder. En esto nos encontraremos todos los hombres, sea cual sea su religión, porque implica a toda la humanidad sin exclusiones, (dejando aparte la cuestión del juicio de Dios).

Yo creo que Dios guarda “MEMORIA” de todo lo que existe en la realidad del Mundo-Universo hasta en sus más mínimos detalles, de todo lo que sucede en el tiempo en el que existimos y somos. Por eso tengo esperanza.

Yo imagino un futuro escatológico, en el que un instante eterno se hará presente toda la realidad con todo detalle, fijada en la “memoria de Dios”. En ese instante se hará presente toda nuestra vida y sus relaciones con los otros humanos, con el resto de seres y el medio en el que hemos vivido. Y también se harán presentes, todos los lugares de todos los mundos y de todos los universos que han existido. Nada quedará oculto en secreto para nosotros, todo llegará a la conciencia del hombre, de cada hombre. Así, en ese instante eterno entenderemos todas las circunstancias, los motivos, los intereses, las relaciones, las causas, las intenciones... que no entendimos. Veremos cuál fue el origen, como fue la evolución, la historia y como continuó nuestro futuro próximo y lejano de nuestra Tierra. El cómo y el porqué de nuestra vida y la de aquellos que amamos o simplemente con los que tuvimos cierta relación. De aquellos detalles que pasaron inadvertidos y de los grandes traumas y descalabros personales. Llegaremos a comprender la distinción de lo que tenía valor de todo lo otro que no valía la pena. Comprenderemos totalmente y amaremos con intensidad infinita todas y cada una de aquellas cosas que llegaron a ser, pero sobre todas ellas a las personas queridas con las que compartimos el amor durante nuestra vida. Todo alcanzará la conciencia del hombre y nada de todo cuanto haya existido se perderá, al contrario permanecerá para siempre en un continuo presente eterno.

Y al final, en una orgía común de éxtasis y felicidad inimaginable nos sumiremos en la totalidad de lo que llegó a ser, conscientes de todo lo que ha existido, y sin dejar de ser nosotros mismos entraremos en las profundidades de Dios. Formaremos parte de Él en el que no existe ni espacio, ni tiempo, ni ninguna otra dimensión pensable. Entonces, habremos cumplido nuestro fin, alcanzar la plenitud personal y colectiva al ser conscientes de toda existencia con pleno conocimiento y guardado en la memoria de toda la humanidad. Este conocimiento y conciencia lo daremos a Dios, que estuvo aguardando y dirigiendo el proceso desde el principio del tiempo hasta el final, y cuando todo se haya cumplido formará parte de Él, por ser Dios la Plenitud Humana. Luego caminaremos juntos y en Él hacia otras fronteras, puesto que entonces habiendo alcanzado todos la perfección de Dios, se abrirá por fin para nosotros el acceso a lo Absoluto, Infinito, Eterno, que será lo último y definitivo de toda existencia.

Así pues, yo creo que tengo un sitio entendido como un lugar, en el que participe de la misma divinidad de Dios. Allí junto con todos aquellos seres que Dios ha querido, formaremos una comunidad unida por el amor y viviendo la misma vida de Dios, haciendo lo que Él haga, con los mismos sentimientos y voluntades, aunque con funciones diversas. Así Dios es Uno con todos y en todo. Pero en otro sentido Dios es también una persona de multiplicidad infinita, en la que un matiz cualquiera suyo es también una infinita multiplicidad, una parte de la cual nos pertenece. Creo que este es el plan de Dios para nosotros, porque Dios así lo ha dispuesto y lo es desde siempre. Nosotros lo vemos ahora desde el punto de vista de lo creado y por tanto de la historia, pero que a su término y en sentido escatológico y de recapitulación final, lo que queda es una enorme multitud de seres, tal vez no todos humanos participando de la divinidad unidos en Él por amor. Con Él por su divinidad y perfección alcanzaremos lo Absoluto, y por fin lo que para nosotros fue lo Otro Incognoscible, será desde entonces conocido y desvelado.

#### *6. La justificación ante Dios.*

La pregunta que se hace uno inmediatamente cuando se tiene tomada la decisión de fe, de la existencia afirmativa de Dios, y de su respuesta de eternidad paradisíaca es: ¿quién se salva?, es decir, ¿todos los hombres terminan en el paraíso junto a Dios o sólo unos cuantos? Me gustaría responder que el paraíso es para todos, pero entonces ¿dónde quedaría la **justicia de Dios**? Sin embargo, me repele la idea de un Dios justiciero, entretenido en aplicar torturas y tormentos a los malvados con implacable venganza, en un tenebroso infierno para siempre. Si nosotros sabemos perdonar grandes agravios, ¿cómo se puede pensar que Dios no sepa hacerlo?, ¿cómo es posible que Dios pueda sentirse ofendido para siempre por la criatura humana tan insignificante, efímera y fugaz, en comparación con su majestad suprema?

Pienso que si el paraíso está habitado por hombres, tienen necesariamente que vivir juntos, socialmente, compartiendo sus vidas futuras, comunitariamente, de modo que aquellos que no quieran o no puedan disfrutar en libertad de condiciones justas en el respeto y la tolerancia, en la igualdad, incluso en el amor mutuo, no lograrán estar presentes. No es que Dios los separe y castigue con el infierno, es que ellos mismos se apartan. ¿Cómo es posible convivir eternamente en la injusticia, con odio, venganza, desprecio, violencia, discriminación, competencia, disimulo, doblez, mentira, etc...? Es imposible, porque tendremos tiempo de sobra para saberlo todo de todos, nada podrá permanecer oculto de nosotros mismos, ni de los demás. En definitiva, no todos disfrutarán del paraíso en condiciones de felicidad eterna junto a Dios, algunos no estarán presentes, porque se han encerrado en sí mismos que los incapacita para compartir con los demás el futuro con Dios.

¿Qué hacer? Algunos piensan que para sacar el visado para el cielo es suficiente pertenecer a una sociedad concreta, bautizado en una iglesia cristiana, circuncidado como judío, o convertido al Islam. Mucho se ha escrito al respecto durante siglos en las tres religiones monoteístas, cuyo jefes creen tener las llaves de las puertas del cielo. Dicen: fuera de la Iglesia, del Islam, del Pueblo Judío elegido, no hay salvación. Pienso que las vías religiosas son únicamente medios de salvación, vehículos de expresión de la fe, pero en absoluto tienen la exclusiva para determinar quien se salva y quien no, que sólo depende de Dios, aquel que cumpla la voluntad de Dios y se vea ante él justificado.

¿Bastará tener fe para quedar justificado?, ¿sólo tener fe? Parece razonable que

necesitemos tener también actitudes, valores y comportamientos en correspondencia a lo que creemos, o por lo menos intentarlo. ¿Será suficiente situarse en la dirección adecuada? Espero que sea suficiente, pues nadie es capaz de lograr la condición de pureza y santidad perfecta que necesitamos. Por ello, creo que lo imprescindible será tener la disposición adecuada, aceptada voluntariamente, y dejarnos transformar por Dios aquí o en la otra vida, en persona éticamente intachable. Supongo que hay quienes están en general en la ruta correcta, o con cierta frecuencia, mientras que otros sólo lo están ocasionalmente o nunca lo consiguen ni lo intentan. No tengo duda de que Dios jamás actuará contra la libre decisión humana, porque la libertad es una característica y aspiración fundamental del hombre, por eso para transformarnos requiere nuestro consentimiento sin sombras. Espero que una voluntad firme de seguir la fe sea suficiente, aunque sus resultados sean escasos.

Quedar justificado ante Dios es una situación imposible por definición. Dios es perfecto, y el hombre contrasta con Él a una distancia insuperable. Sólo basta escarbar un poco en la personalidad y biografía de cualquiera, para que aparezcan miserias inconfesables bajo la imagen o máscara de cierta dignidad con la que nos presentamos. Nadie pasa por la vida sin ser dañado por las sombras. Para mí no hay individuo más digno de lástima y también peligroso, que el que se considera perfecto, ganador triunfante de todas sus batallas, porque su idea de perfección es él mismo, su propia persona, que en definitiva es su patrón de medida, su Dios.

Ninguno está justificado ante Dios y yo tampoco. Repasar mi biografía en relación a la fe, me deja tirado a una distancia enorme entre lo que quiero y tengo que hacer, de lo que hago. Para mí la fe en vez de haber sido una fiesta, una celebración alegre, siempre ha tenido el carácter de seriedad y gravedad, conflictiva y atormentada. La fragilidad de mi fe ha sido hasta ahora permanente, contemplándola desde su aspecto más gris, buscando conflictos que rompan la coherencia de la fe. Con frecuencia me han parecido las cosas de Dios tan serias, profundas y trascendentales, que no queda espacio para la alegría y la fiesta, encontrándome como aguantando el temporal con los sentimientos y deseos agarrotados. La tensión, la gravedad y profundidad de la fe me agota, y si añadimos la culpabilidad constante de nunca estar a la altura, de dejar pasar las oportunidades, de desperdiciar un tiempo valioso, resulta todo ello desesperante. A menudo sobre todo en mi juventud, bastaba el recuerdo y el retorno de viejos y conocidos placeres y la levedad de la vida sin el peso de la fe, para acabar con todo. Muchas veces he optado por la huida y el abandono ante la frustración y la gravedad de la fe, algunas de esas vacaciones de Dios creí que era definitiva, definida y argumentada desde el materialismo cientista.

Pero Dios no me ha abandonado en mis disparates de provocación y escándalo, sino que me ha recogido en los momentos más difíciles. Él es el que me ha sacado de callejones oscuros y sin salida, de situaciones imposibles. A menudo me gusta pensar en un “Ángel de Dios” que tira de mí cuando me encuentro a la deriva, lleno de fuerza y vitalidad, pero por caminos de degradación y destrucción de mí mismo y de todo lo que encuentro a mi paso. El tirón de Dios me hizo volver atrás y regresar a la fe. Avanzando en ella con pies de plomo y con miedo al fracaso, recopilando poco a poco ideas para hacer coherente mi opción por la fe, respetando todo aquello que me parece irrenunciable. Pero a mi fe le falta el entusiasmo, la energía y la decisión tomada con coraje y valentía. Una fe tímida, insegura y quejosa, sólo puede cargarse de una gravedad y pesadez insoportable.

## 7. La opción por la fe

A menudo pensaba que para tener una fe segura y responsable en Dios, lo correcto era ponerse a estudiar teología o filosofía metafísica, para tratar de resolver las dudas que se acumulaban sin cesar al racionalizar la idea de Dios y su existencia. Estaba convencido de que tenía que resolver mis conflictos y acomodar la Ciencia y la fe, la materia y el espíritu, lo finito del hombre y lo infinito de Dios, la trascendencia y la inmanencia, la muerte y la vida, el problema del mal y la justicia, la Iglesia y Cristo, etc. Pensaba que si algún día podría entrever respuestas, entonces y sólo entonces iniciaría una relación con Dios, en la certeza de una fe firme. Sin embargo, ahora pienso que nada de eso es necesario. No hacen falta argumentos, ni principios, ni propuestas razonadas o razonables. Para tener fe en Dios, lo único necesario es *querer tener fe y tratar de expresarla*. Para ello no hace falta resolver los posibles conflictos mentales. Ni tampoco es estrictamente necesario adscribirse a una creencia religiosa, a la Iglesia Cristiana, a la Umma Islámica, al Pueblo Judío elegido, instruirse en las prácticas de meditación trascendental, hacerse monje budista o experto en el yoga. La fe en Dios sólo requiere tomar una decisión de dependencia con respecto a Él, que se instale en lo más profundo de nosotros mismos y así poder expresar esa relación íntima y personal con Dios por la que hemos optado. Lo primero no es el pensamiento sino la voluntad, fruto de una elección continuamente renovada.

Muchos opinan que al ser la fe un don, un regalo, no es para todo el mundo, por eso dicen que la religión es privilegio de unos cuantos iluminados, que han tenido experiencias extáticas o revelaciones misteriosas. Sin embargo, yo creo que nada de todo esto ni es necesario ni aprovechable, pues como he dicho más arriba, la fe es necesaria para nuestra salud mental, necesitamos las creencias y la esperanza para asumir responsabilidades y dar sentido a la vida. Todos los hombres nos enfrentamos en numerosas ocasiones a disyuntivas fundamentales, sobre las cuales asumimos las responsabilidades y consecuencias de las decisiones tomadas. La fe en Dios es una de ellas, tal vez la más importante. La fe como don, como fuerza y gracia de Dios viene después como clarividencia, como certeza, como confirmación de la decisión tomada. Es esa firme confianza la fuente de la fuerza y energía, la que hace capaz de las mayores empresas y de las mejores hazañas.

La fe no es el movimiento primero del hombre hacia Dios, sino que ese primer paso es la confianza en que se da una relación mutua entre Dios y nosotros, que se expresa en **la oración**. Por eso digo que primero es la oración que la fe, pues esta se experimenta con frecuencia llena de oscuridades, con dudas e ignorancia. Para aquel que se manifiesta *como no creyente*, pero tiene una ligera sospecha de que la idea de Dios no es una posibilidad descabellada, aunque sea reacto a cualquier expresión religiosa, yo le diría: ¡ponte en oración! ¡decídate a dialogar con tu Dios, en el secreto de tu intimidad!. Todo lo demás carece de importancia. Tener o no tener firmeza en la fe no depende de nosotros, sino de Dios que es el que nos da la fuerza de la fe, la íntima certeza de su existencia y relación. Lo que depende de nosotros es tomar la decisión de ir hacia Dios, cuyo único camino es la oración continua y perseverante, tengamos o no tengamos la fuerza de la fe. Saber que la certeza de la fe es fruto de la oración, fue para mí una auténtica revelación.

## 8. Las consecuencias de la elección.

La decisión de ir hacia Dios consiste en aceptar lo que nos dice y ponerlo en práctica. Se

puede ser cristiano, judío o de cualquier religión por fuerza de la costumbre o la constancia de pertenencia a un pueblo, pero sin un planteamiento serio de la fe y asumir sus consecuencias, no existe autenticidad en lo que se es, solo hay fachada y por dentro tal vez desolación y mentira. Reconocer la voz de Dios en principio desconocido y ponerse en marcha, es tratar de responder a la pregunta: ¿qué quiere Dios de mí? Todos tenemos un papel a desempeñar en la economía de la salvación al aceptar la fe.

Algunos sienten que Dios les ha escogido para una función importante, como profeta, maestro, sacerdote, imán, rabino o cualquiera que sea. Si esto es así, se podría pensar que el hecho de que Dios escoja a un hombre concreto en lugar de otro sería discriminatorio, sin embargo, elegido para esa función depende del hombre escogido si desempeña mejor o peor su oficio. No todos podemos hacer todas las funciones, cada cual tiene la suya, ni tampoco podemos todos ocupar el mismo lugar y tiempo, sino que cada uno tiene su sitio y su momento. De este modo se pueden hacer cosas diversas a lo largo de la historia, cada uno con su oficio y función. A unos les tocan papeles difíciles e importantes, a otros más simples y sencillos, pero cada uno tiene las energías adecuadas a su papel. Tal vez un papel equivocado llevaría a una vida de frustración y deterioro imposible de superar. Casi siempre nos parece que no estamos al nivel que el papel nos exige. Envidiar el papel de otro, no es la mejor manera para sacar adelante el oficio y función que tenemos asignado en la economía de la salvación.

Puede ocurrir estar convencido de haber sido escogido por Dios para una misión importante, actuando de buena fe y buena voluntad, pero que en realidad sea una ilusión y un autoengaño. Lo peor es que hay algunos de mala fe que dicen tener mensajes de Dios y son flagrantes engaños, patéticas mentiras de embaucadores mezquinos o de astutos ambiciosos con fines a veces muy oscuros, y las más con evidentes intenciones de lucro, promoción personal, dominio, que con frecuencia se da en el seno de instituciones religiosas, pero que es más característicos de las sectas. Pero a pesar de ello, no todo es engaño y mentira.

¿Cómo distinguir la voz de Dios del engaño? Si planteamos nuestra relación con Dios en el ámbito exclusivo de nuestra conciencia, sin tener en cuenta nada ni a nadie más, podemos caer fácilmente en nuestras propias elucubraciones y deseos, apartándonos sin darnos cuenta siquiera de la elección tomada de seguir a Dios. Sólo sostenido por nuestra conciencia y acomodándonos a un sistema individual de creencia ¿cómo distinguir la dirección correcta de la fe, de nuestros caprichos y deseos? Solo nuestra conciencia como criterio de verdad, puede fácilmente verse envuelta en el engaño y dirigirse a nuestros intereses en lugar de a Dios.

Tenemos que decidimos en que Dios creemos, buscando la verdad con buena fe y voluntad, para no trabajar de balde o a favor de una mentira. Opino que si alguien por su fe puede sostener una idea de Dios, cualquiera que sea, esa idea es una revelación de Dios a esa persona, simplemente por que creo que Dios lleva siempre la iniciativa para darse a conocer. Ciertamente es que por mucho que el hombre lo intente y especule no puede entrar en lo infinito de Dios, por lo cual, si Dios permaneciese oculto y en silencio de forma permanente jamás podríamos saber nada de Él. Pero por eso mismo pienso que la revelación se da en cada hombre que lo busca de buena fe y voluntad, en la forma que éste asuma una idea concreta de Dios.

## 9. Fe y religión.

No todo ni mucho menos lo que piensa el hombre de Dios y la idea que se forma el hombre de Él, son ciertas y verdaderas. Nunca el hombre puede sentirse seguro de poseer la Verdad Absoluta. La Verdad hay que buscarla entre todos. Por esto, no tiene mucho sentido quedarse con una idea individual de Dios sin contrastarla con la de los demás, o engancharse a una dudosa iluminación personal, o a la autoridad y fidelidad de una creencia dogmática. De ello proviene una actitud integrista y fundamentalista, muy alejada de mi forma de pensar porque además de ser irracional tiene consecuencias desastrosas.

Debo por tanto poner atención y analizar con mucho cuidado, las experiencias de revelación que dicen haber tenido otras personas, en el presente y en la historia humana. Según mi fe, creo que no hay ningún hombre que pueda existir fuera de la presencia de Dios, pero para algunos hombres destacados el contacto con Dios no ha sido un encuentro, sino un encontronazo que cambia de una vez y para siempre, de forma drástica y espectacular su vida. Estos viven a Dios de forma tan fuerte e intensa que son ellos precisamente la llave que abre para los demás el encuentro con Dios. Su personal idea de Dios entusiasma a aquellos que les escuchan. Tienen una manifiesta relación con Dios muy superior a los demás. No son comparables con el resto de hombres, por su grado de intimidad, su intensidad, el modo de entender a Dios y de relacionarse con Él. Tienen un algo especial que les identifica.

Pienso en Moisés, Mahoma, Buda, pero sobre todo en Jesús de Nazaret. Ellos manifiestan puntos máximos de altura religiosa tras los cuales siguen multitudes de gentes, que confían en la veracidad de sus experiencias y en su particular relación con Dios. Así son estos hombres los que construyen una idea de Dios, que poco a poco se va perfilando en la historia por sus seguidores, pero que al contrario de los que piensan que es una invención vacía y sin sentido, creo que es directamente suscitada por Dios, y luego confirmada en la historia, porque convence a millones de hombres. Con esto no quiero decir que la religión “verdadera” sea aquella que tenga el mayor número de fieles, sino sólo lo que digo, que convence a muchos y aunque podrían estar equivocados me sirve como dato para contrastar mi fe con la de los demás.

Por otro lado la fe no puede quedar como simple sistema de pensamiento o como justificación personal, sin consecuencias que comprometan la vida de la persona en su totalidad. Sin este compromiso la fe se moverá siempre en tierra de nadie, aislada en sí misma y preocupada únicamente por sus justificaciones. La fe en esas condiciones no da fruto, está vacía, muerta y a nadie le sirve. Sólo alimenta la propia satisfacción del saber coherente. ¿De qué vale? Tarde o temprano saltará hecha pedazos, por haber quedado estéril. Para distinguir la verdad del engaño, y seguir adelante en la fe en la dirección adecuada, no podemos quedarnos al margen del **fenómeno religioso**. Es una religión concreta la que da un *criterio seguro de verdad* para la fe, (“seguro” en el sentido de una mayor probabilidad de certeza al contrastar unas creencias con otras). Comprometerse en la fe con los que van por el mismo camino y sobre todo compartir una fe común y darla a los demás, es lo que le da todo el sentido a la fe y a la vida.

Sin embargo, muchos no tienen dificultades en admitir su fe en Dios incluso en un Dios personal y su relación con Él, pero se revuelven contra toda forma de expresión religiosa sea cual sea. Ni Iglesias, ni Mezquitas, ni Templos, y mucho menos curas, imanes,

rabinos, gurús, o monjes les dan motivos de credibilidad. Tienen demasiados ejemplos de actividades y comportamientos llenos de mezquindad y engaño de estos especialistas y profesionales religiosos. Otros están convencidos de que los sistemas religiosos, cualquiera que sea, son coercitivos, anulan la libertad y el pensamiento, porque las verdades de fe que proclaman son incuestionables, ante las cuales sólo se exige adhesión y obediencia a los incautos iniciados. Pienso por el contrario, que esas verdades no forman un bloque indivisible, y aunque sean presentadas en un conjunto cerrado, pueden ser desglosadas y asumidas o no paso a paso. Es frecuente dar un voto de confianza, para todo aquello que no se entiende bien, o que por el momento no puede ser asumido, simplemente porque se estima de más valor pertenecer a determinada expresión religiosa, que captar cada uno de los “dogmas” que ella proclama. No se trata de obediencia sino de avanzar en la fe, y por ello será necesario volver una y otra vez a ellos, porque son estímulo y guía para profundizar, dar mayor consistencia y justificación a la fe que hemos elegido. Sin esto pronto estaríamos en nuestras propias elucubraciones, fabricándonos un sistema individual de creencias, que no corresponde a la decisión tomada.

Entrar en la múltiple y variada diversidad de religiones es un problema espinoso y difícil, porque todas tienen una carga histórica muy compleja, y presentan junto a aciertos indiscutibles fallos tremendos, que hacen que muchos abandonen el esfuerzo de entresacar lo que tienen de valor de todo lo demás, que juzgan en conjunto, casi siempre con razón, deplorable. Pero a pesar de ello, yo no puedo desentenderme, porque el haber llegado hasta aquí me obliga a definirme y precisar cuál es la idea que tengo de un Dios personal y contrastarla con la de los otros, rechazando todo lo que pienso que no tiene valor, pero también aceptando lo que dicen los demás y que en conciencia me parece justo.

#### *10. Las alternativas para la elección.*

Desde posiciones externas a lo religioso, supuestamente objetivas, se suele afirmar que todas las religiones son iguales, que en el fondo son lo mismo, que dicen las mismas cosas, que tienen una estructura semejante, sólo diferenciadas por la cultura que las sostienen. Es una tendencia que va en aumento, el considerar a las religiones del mundo como partes de un conjunto común, siendo cada una de ellas válida o “verdadera” en sí misma, apta para desarrollarse en su propio ambiente o cultura. Ninguna religión por tanto, tendría razones para ser exclusiva o excluyente con respecto a las demás. Si por parte de cada una de las religiones particulares, llegase algún día a hacerse realidad esta perspectiva de abandono del criterio de considerarse a sí misma como única religión verdadera, la intransigencia, la intolerancia, los enfrentamientos, la violencia y hasta las guerras de religión dejarían de ser posibles. Cada una colaboraría con las demás hacia los mismos objetivos, para mayor “gloria de Dios” y la liberación o salvación del hombre de sus esclavitudes.

Cuando se han roto las fronteras de la comunicación e información, que aislaron hasta hoy a los pueblos, culturas y religiones en sí mismas, que permitían tomar a los otros como extraños, como enemigos, por el desconocimiento mutuo de sus culturas, conocimientos, verdades, valores, etc., ha dejado de ser justificable tomar la propia identidad cultural y religiosa contra todas las demás. Es un hecho que Euroamérica está formada por sociedades plurales, con gran diversidad cultural y religiosa. Se impone por tanto la colaboración y el respeto mutuo entre todas ellas por razones de convivencia

pacífica. Esta situación nueva en la historia, ha propiciado dos soluciones divergentes: de un lado acentuar la diferencia, aquello que distingue e identifica a una comunidad determinada, con lo cual se enriquece al conjunto; de otro lado, tratar de encontrar puntos comunes dándoles mayor relevancia, y al mismo tiempo disminuir en importancia las diferencias, buscando una confluencia entre las diversas alternativas. En el campo religioso esto significaría la fundación de una nueva religión para el mundo. Muchos desde posiciones heterodoxas en sus respectivas religiones, están reclamando y trabajando por *una nueva religión sincretista*, que unifique las grandes religiones sin que ninguna de ellas se vea disminuida o tenga que eliminar de su fe principios esenciales.

Sin duda es muy importante, necesario y urgente, este esfuerzo por superar lo superfluo, coyuntural o circunstancial, de cada religión, para quedarse con lo fundamental de sus principios y valores, relativizando el resto como formas culturales. La sociedad del bienestar y consumo, está presionando fuertemente contra toda expresión religiosa, por lo cual no es suficiente aferrarse a las formas del pasado de cada una para salvar lo que se pueda, sino encontrar soluciones nuevas que permitan exponer la oferta religiosa con suficiente atractivo y credibilidad.

Sin embargo, estamos muy lejos de ofrecer una nueva religión común para todos los hombres. Además, observando la historia no parece que la voluntad de Dios sea dar una única religión común para toda la humanidad, al menos por ahora. Si esta es una decisión de Dios, pues estaría de acuerdo con ella dado que la uniformidad de creencia implicaría la ausencia de alternativas para la fe, lo cual anularía la libertad de elección. No me gusta ni la uniformidad, ni un único modo de vida, incluso dentro de mi propia religión, al contrario en la diversidad hay más donde escoger, y con ello la sociedad y el hombre en particular se enriquecen.

Estamos todavía lejos de una confluencia religiosa, pues hoy nos encontramos con dos formas muy distintas de entender lo religioso, que son herederas de la gran conjunción mitológica de las religiones politeístas, que aún hoy de un modo digamos precario sobreviven. De un lado tenemos las religiones que están fundamentadas en la experiencia mística o espiritual, y de otro las religiones basadas en la revelación de un Dios personal que actúa en el mundo, habla a los hombres y en definitiva es el responsable de la historia. Tenemos por tanto religiones místicas y religiones proféticas.

Los místicos dicen que toda religión es provisional, un método o paso previo por el cual puede alcanzarse lo que de verdad importa, la unión mística del hombre y de todas las cosas con Dios, siendo Dios-Uno como experiencia de fusión o unificación de todo en Todo. Pretenden que la religión o se afianza en lo espiritual o no tiene futuro. Por el contrario las religiones proféticas, que parten de la acción de Dios, el cual toma la iniciativa en todo, ven la experiencia espiritual o mística sólo como un método entre otros para desligarse de sí mismos y ponerse en manos de Dios, disponibles para su acción, sin ser un obstáculo o impedimento para la obra de Dios.

A la razón de inmediato le resulta cuanto menos extraña y difícilmente sostenible cualquier revelación profética, al menos sospechosa, pues, ¿quién puede conocer la voluntad de Dios? ¿cómo “sabe” el profeta que habla en nombre de Dios, cuando cree recibir una revelación? Sin embargo, pienso que desde el punto de vista racional las religiones místicas o espiritualistas no salen mejor paradas, sino todo lo contrario. Esto es así, porque para conseguir una experiencia mística lo primero que hay que hacer es

abandonar lo racional, detener el pensamiento discursivo en el silencio. Pero si el presupuesto previo consiste precisamente en disminuir las capacidades humanas, anulando la razón, es evidente que con ello se aumentan las posibilidades de llegar a cualquier cosa, también a la superchería, el fraude, la falsedad, el engaño. Si pensamos sacar algo en limpio de algo tan complejo como la idea de Dios, no me parece la mejor forma disminuir las capacidades humanas, sino que lo que deberíamos hacer es justo lo contrario, potenciarlas. No digo que el criterio de discernimiento sea sólo lo racional, sino simplemente lo que digo es que no debemos desaprovechar lo poco que tenemos.

¿Qué diferencia la experiencia mística de la profética? La mística requiere un largo proceso de iniciación, utilizando métodos y técnicas especiales que dispongan la mente para diluir la percepción del yo y conseguir la fusión del sujeto con el entorno. De ello se dice que surge una “energía espiritual” que detiene el tiempo, destruye las fronteras del espacio, para sumergirse en la totalidad unificada entendida como divinidad. El Yo, el Tú, el entorno, la Naturaleza y todo cuanto existe, se difumina y diluye en un Todo común sin formas, amorfo. De ello resulta una fuerte experiencia emocional, al sentir que todos somos lo mismo, que somos una misma cosa, palpitando al unísono y en común al ritmo de la divinidad. Por tanto, lo que intenta el místico es elevarse a sí mismo hasta colocarse al nivel de Dios. Yo creo que es una pretensión desmesurada y absurda, una pretensión imposible.

En contraste, el profeta no se prepara, no hace ningún curso de iniciación, ni emplea técnicas mentales de ningún tipo. Al contrario, su nivel de espiritualidad es más bien pobre, insignificante. Lo que le ocurre es que de pronto se encuentra abordado por Dios. Dios irrumpe en su vida, frecuentemente contra su voluntad, pues ni lo quiere, ni lo desea. Se ve a sí mismo zarandeado, con la necesidad irresistible de hablar de Dios. Por tanto, no se trata de un proceso que se desarrolla y madura con el tiempo, como ocurre en la experiencia mística, la cual depende del estado o nivel alcanzado, y cuyo momento histórico es indiferente, sino al contrario la revelación profética sucede de improviso, en un momento y lugar concreto de la historia, único e irrepetible. No hay preparación posible para este acontecimiento. Aquí es Dios quien lleva la iniciativa, mientras que en la experiencia mística Dios no hace nada, ni actúa ni habla, sólo se siente o se pretende sentirlo.

Las diferencias entre ambas propuestas religiosas parecen claras. Una lleva a la dilución de la persona en una totalidad unificada y divina, mientras que la otra es justamente la persona humana la que se reafirma divinizándose por la acción directa de Dios. La Naturaleza, el Cosmos no se diluye en un Todo común, al contrario tiende a permanecer tal cual es en la memoria de Dios y de la humanidad para siempre.

Por otro lado pienso además que la experiencia profética no es tan irracional como puede parecer a primera vista, no hay que apelar a la irracionalidad como exige la mística. Si se cree en un Dios personal como presupuesto previo a la revelación profética, pues entonces resulta coherente pensar en que la comunicación o diálogo entre personas pueda darse, aunque una de las personas que dialoga sea Dios.

#### 11. *Mi decisión.*

Creo que Dios ha dialogado con el hombre a lo largo de su historia y hoy sigue dialogando con él, pues somos muchos los que buscamos a Dios por una atracción irresistible. Creo

que Dios actúa como centro atractor de muchos. Estoy convencido que mi preocupación constante casi obsesiva por saber quien es y que quiere de mí, desde hace tantos años, depende de Él no de mí. Se trata de mi diálogo personal con Dios y por tanto de su revelación hacia mi persona. Ciertamente es que no puedo mostrar a los no creyentes nada de todo ello aparte de mi fe, y de mi decisión personal de ir en su busca.

Comparto la fe en un **Dios personal único**, como sostienen las tres religiones proféticas o monoteístas. De aquí no se deduce que tenga que eliminar a todos aquellos que tengan otros dioses distintos del mío, como lo ha hecho el monoteísmo a lo largo de la historia, desatando con furor todos los demonios de la descalificación y la violencia. La idea de un solo Dios, se puede deslizar hacia la unificación y uniformidad de creencias, impuestas por los poderosos forjadores de imperios en contra de la libertad de las personas y los pueblos. Lamentables páginas de la historia han escrito el Islam y el Cristianismo en este sentido. Pienso que si una religión fija las bases fundamentales de una creencia, como criterio firme para sostener la verdad de su fe, no es para enfrentarse contra todos sus opositores, sino para unir a todos aquellos que la comparten y la han elegido como propia, desde la libertad, el respeto y la tolerancia hacia otras opciones.

Creo que *Dios es único*, porque para mí Dios tiene que ser grandioso, tan grande que absorbería cualquier otra cosa que se pusiera a su lado. Por eso mi Dios anula a cualquier otro pretendiente de Dios, distinto de sí mismo. Dios es plenitud, totalidad, está completo, ni le sobra ni le falta nada. No queda nada de Dios para otro distinto. En el supuesto de un segundo Dios, ¿qué otra cosa distinta podría hacer o tener? Este segundo Dios no le quedaría nada por hacer que no hubiese ya hecho antes el primero. En este sentido podemos decir que además de único *es también uno*.

Creo que *Dios es persona* entendida como *plenitud humana* total y perfecta. Por su plenitud y perfección, está en Él la clave de acceso a lo Absoluto en donde se encuentra el destino último y definitivo de la humanidad y de cada hombre. No sabemos en realidad en qué consiste esa plenitud pues no estamos en ella, sólo podemos intuir o sospechar por dónde hay que ir para alcanzarla. Por ello cualquiera puede proponer una dirección y sentido particular para llegar hasta allí, y también los que tengan proposiciones afines pueden colaborar entre sí para lograr objetivos comunes. De aquí surgen las distintas formas y expresiones religiosas, pues en ellas se da un contenido concreto de Dios, de plenitud humana, y el modo que se estima más eficaz para alcanzarla.

De entre todas las propuestas religiosas, yo destacaría sin duda la que Jesús de Nazaret propone. El tiene para mí la más alta calidad humana que se ha dado en la historia del hombre. Su relación con Dios es de una intensidad e intimidad impresionante. En su vida pública, no se encuentra ninguna conversión o iluminación, que cambie drásticamente el rumbo de su vida. En todo momento sabe lo que tiene que hacer y decir, con absoluta seguridad y firmeza. Jamás duda o se arrepiente, nunca se contradice ni se retracta. No habla de lo que contempla en éxtasis, o en una revelación de Dios, sino que lo hace por sí mismo y de sí mismo con total autoridad. El dominio personal en todas las situaciones y circunstancias es total y sorprendente. Su relación con Dios es perfecta, sin oscuridades. Su entrega total a la causa de Dios, sin fisuras. La acogida de todos los hombres por amor sin discriminaciones, con el acento puesto en los más pobres y desgraciados, llegando incluso a los enemigos, lo cual nos deja perplejos y admirados.

A pesar de todo, el juicio sobre Jesús siempre queda abierto a la libre decisión de cada

hombre. Pero a mí me admira y me gusta, la idea de Dios que manifiesta Jesús de Nazaret. No puedo competir contra él, proponiendo una idea personal de Dios mejor que la suya, ni encuentro ninguna otra idea de Dios, según el resto de religiones que la supere. Su Dios es también mi Dios de forma inequívoca, porque cumple por exceso todas mis esperanzas. Por eso desde hace algunos años intento declararme cristiano y comportarme como tal. No es una tarea fácil y a menudo me siento totalmente desbordado. Lo mucho o lo poco que me propongo, en cualquier aspecto de su mensaje, siempre resulta insuficiente quedando para mí un camino ingente por delante imposible de completar, llamándome a más, a mucho más, hacia lo perfecto. Esto a veces resulta descorazonador y frustrante, pero también es evidencia de que Jesús se encuentra en lo perfecto de Dios, inalcanzable.

Todo aquello que juzgo como bueno o que tiene valor para mí y para el hombre en general, pasa por Jesús de Nazaret. Creo con convicción que lo que Jesús propone nos lleva a la plenitud humana, llenando además la vida de sentido y trascendencia, confirmando todas mis esperanzas. ¿Cómo puedo negarlo?